

Heroes di Palo capítulo 1

Javier CH Correa

Image not found.

Capítulo 1

Introducción

—Y si de verdad crees que tienes libre albedrío entonces sabes que en realidad Dios no puede controlarnos —dice Seth—. Y como Dios no puede controlarnos, se limita a observar y a cambiar de canal cuando se aburre.

Monstruos Invisibles, Chuck Palahniuk

Esto que tienes en tus manos (a no ser que puedas sujetarlo con los pies u otra parte de tu cuerpo, en lo cual no me voy a meter) son las crónicas de una serie de personajes poco recomendables. Lamento que sean una panda de impresentables, pero los dioses tenemos unos criterios bastante extraños desde la perspectiva de los mortales, y nos fijamos en lo que se sale de lo normal.

Esto ocurrió en un mundo creado por unas entidades cósmicas muchopoderosas para su diversión, en el que los dioses no somos más que los mozos de pista, diseñadores, guionistas y tramoyistas creados única y exclusivamente para recrear el esparcimiento para esas entidades.

Un mundo en su propia línea temporal, con grandes diferencias culturales y tecnológicas entre países para ofrecer variedad a las entidades. Un tablero de juego y escenario en el que las vidas de los mortales que lo habitan no tienen más valor que el del espectáculo que dan, ya sea como piezas de juego de tablero, personajes de telenovelas o incluso de juegos en primera persona.

Es una lástima que estos mortales no sean conscientes de que su vida es un «reality show» retransmitido en directo. De saberlo, probablemente sonreirían más a las cámaras y se esforzarían en hacer sus argumentos más interesantes.

En lo referente a este grupo de personajes sobre los que hablaba al principio, lo que les hacía estar fuera de lo normal era... Planteémoslo así:

Imagina que hubieras hecho lo correcto toda tu vida. Que hubieras seguido el camino marcado de baldosas amarillas esperando llegar al mágico mundo de Oz que otros han marcado, y que has hecho las preguntas que te han enseñado a hacer. Imagina que tus actos están

encaminados dentro de lo normal y correcto.

Imagina que tras largas jornadas, al final del camino no hubiera una ciudad esmeralda. Ni tampoco respuestas. Imagina que lo que encuentras, más que satisfacerte, te decepciona.

Imagina que entonces pierdes el rumbo.

Imagina que nada tiene sentido.

Imagina que aprendes a crear tu propio camino hacia las respuestas a unas preguntas que surgen del fondo de tu interior.

Imagina que esas entidades cósmicas consideraran esa situación interesante...

Pero esto se parecía cada vez menos a lo que yo quería. Lo que quería se parecía cada vez más a lo que me han enseñado a querer. A lo que quiere todo el mundo.

—Monstruos Invisibles.

Chuck Palahnuik.

Capítulo 1 - Acoso y derribo

De entre la infinidad de dimensiones, espacios y realidades existentes, una de ellas está habitada por una serie de Entidades todopoderosas que, por simple acto de diversión y escapar del aburrimiento que ofrece un Universo infinito, completamente vacío y medio imbécil, crearon un mundo al más puro estilo bricolaje casero, con su geografía, vegetación y cosas. Cuando se dieron cuenta que observar el crecimiento de los abetos era algo aburrido y monótono, decidieron poblarlo con mucha gente y formas de vida. Y ahí comenzó su recreación de verdad.

Reality-show, war-games, televisión, culebrones, simuladores, rol, cajón de sastre de diseño y creación... el mundo y sus habitantes han demostrado ser una fuente inagotable de diversión para estas Entidades jugadoras. Por supuesto, los mortales que protagonizan estos juegos y espectáculos no tienen la menor idea de todo esto.

Y mucho menos de que, como en todos los juegos, los jugadores de vez en cuando hacen trampas. Más bien, siempre que pueden.

...

Lacre es el país más al sur del gran continente, no tan tecnológica y culturalmente desarrollado como sus países cercanos. Aunque en este mundo nunca existió un periodo medieval como el que puedes conocer, es el mejor símil que lo define.

Mientras que los otros países han alcanzado épocas similares al Renacimiento, la Victoriana o incluso rascado cosas futuristas, Lacre prefirió quedarse en lo que conocía y no aventurarse con cosas raras; al fin y al cabo, si algo funciona... ¿para qué tocarlo? La preferencia por lo práctico, funcional y tradicional es la marca de la casa, al igual que un clima seco y caluroso.

Una de sus ciudades más importantes es Tolnedra, una enorme ciudad comercial e industrial. Para los estándares lacronios, cuyos burgos no son muy grandes, Tolnedra es propiamente una metrópolis, plagada de tiendas, comercios, fábricas y almacenes grandes y pequeños, con una fuerza especial en la herrería, ya que Lacre es el único país que sabe cómo producir acero. También cuenta con un puerto, situado en la orilla del río Dragüen, que en lacronio significa "río".

En este lugar o, desde el punto de vista de las Entidades, en este escenario, en una medianamente calurosa noche de junio, en uno de los callejones de uno de sus numerosos barrios, una figura estaba escondida en una de sus esquinas. Al menos es lo que intentaba: un pie asomaba y el resto del cuerpo podía ser fácilmente visible por cualquiera que prestara un mínimo de atención. Era una figura de estatura media, bien parecido y atractivo, sin marcas distintivas excepto la barba corta y bien afeitada de pelo negro como el carbón. La otra característica era un pelo relativamente largo, recogido en una coleta media. No era el tipo de persona que esperarías encontrarte a esas horas escondido en un rincón.

—Hey primo —saludó una voz carraspeante. La voz venía de otra figura más bajita que se le acercaba por detrás a paso alegre, pero tan ligero como sus cortas piernas le permitían.

El aludido pareció sorprendido.

— ¿Cómo me has visto? —le contestó.

—Pues porque estás ahí. Llevo viéndote frotarte contra la pared desde la otra esquina —a su voz le acompañaba un olor a tabaco, así como una

permanente nube de humo que salía de su boca conforme hablaba.

—No me estoy frotando con nada, Hornol —repuso, mirando al rededor y comprobando su escondite—. Da igual. ¿Vienes solo? ¿Y tu amigo?

—Ahora viene —contestó Hornol—. Hemos quedado aquí. Es muy majo, ya verás. Un goblin. No es el mejor, pero para lo que quieres va *sobrao*. Y tampoco cobra mucho.

—No fastidies... ¿un goblin? ¿Con toda la gente que conoces no pudiste traerme otro?

A poca gente le hacían gracia los goblins; era una raza que apenas llevaba un par de generaciones conviviendo entre la sociedad. Originarios de las razas Feéricas, hasta que fueron expulsados por incordio y por ser una vergüenza para su gente, así que, como habían sido un tipo de duende de la urbe, siguieron merodeando las ciudades hasta que acabaron por insertarse en la sociedad, por decirlo de alguna manera. Aun así, eran bastante impopulares por ser una molestia constante; no podían estarse quietos un rato y no hacían más que maldades, por lo que eran un grano en el culo de una sociedad ya de por sí llena de granos.

—Bueno, de todas formas espero que doscientos toquens sean suficientes. Ando algo mal de *cristales* —añadió.

— ¿No te ha pagado el *carapán* de tu jefe? No pasa *ná*; el dinero tampoco le importa mucho. Por cierto, ¿sabes que sigo aprendiendo magia por mi cuenta? —Preguntó cambiando radicalmente de conversación mientras esperaban la llegada del goblin—. Mira lo que he aprendido a hacer.

A continuación hizo unos gestos con la mano acompañado de ciertas palabras, y una pequeña llama surgió del dedo índice.

— ¿Has visto? ¿A que *mola*?

Hornol era un mago. En este caso específico era algo inusual porque también era un enano; era infrecuente que los de su raza sintieran el más mínimo interés por la magia pero, por algún motivo, este enano era una excepción. La verdad es que era una excepción para muchas cosas y un mal ejemplo para muchas más. De hecho, él mismo descubrió que era un enano tras pasarse treinta y cinco años creyendo que era un humano bajito adoptado.

Tobías estaba observando sin mucho interés la llama que brotaba de la mano del pequeño hechicero.

— ¿Para qué vas a usar eso?

—De momento para ver tu fea cara en la oscuridad —repuso con sarcasmo—.Y para encenderme una pipa también.

—Eres una maldita chimenea...

Al poco, Hornol señaló a una figura todavía más pequeña que se acercaba a paso ameno y jovial.

—Aquí lo tienes. *´nas* noches Lluva—dijo.

Vestido con ropas ligeras negras, pantalones bombachos y un simpático sombrero, que no podía esconder las grandes orejas llenas de pendientes, se acercaba el goblin.

Hornol y Lluva intercambiaron saludos y numerosos choques de mano. La gente normal se sacude las manos y poco más pero, por algún motivo, la gente de la calle tiende a hacer una especie de ritual que puede extenderse hasta media hora a base de choques de mano, puño, codos y sonidos totalmente absurdos pero que les hace sentirse más hermanados. En ocasiones, este tipo de saludos puede ser peligroso para gente como los magos, cuyos gestos pueden invocar hechizos. Este es el principal motivo por el que los magos, tras la vergonzosa invocación involuntaria de criaturas del plano inferior, escalera D, unos años atrás, tienden a no hacer muchos aspavientos, limitándose al simple "hey". Pero a Hornol le gustaba el riesgo y hacía lo que le daba la gana. Por esto, Tobías no se sorprendió cuando surgieron algunas chispas de la pipa del enano durante el saludo. Que no se sorprendiera, no quiere decir que no mantuviera cierta distancia.

Tras un rato de conversaciones, presentaciones e intercambio de pipas, el humano empezó a ponerse nervioso. Normalmente era un tipo tranquilo, pero su circunstancia era que, cuando quería algo, no podía esperar mucho: era un ansias y lo quería ya. Por eso nunca se le dieron bien los sudokus.

—Este es Tobías—dijo Hornol al goblin, presentando al humano—. Es el que quiere que le hagas el "favor".

—*Yai* —exclamó positivamente Lluva—. *Co ´quieres ´co ´faga?*

— ¿Qué ha dicho? —le preguntó Tobías a Hornol, confuso por el acento goblin.

—Que qué quieres que haga.

—Mira Lluva, ¿ves esa casa de ahí? —dijo, señalando a una casa que estaba ahí—. Pues quisiera que me consiguieras unas llaves con una etiqueta similar a esta—. Tobías sacó un papelito dónde estaba escrita la palabra *Biblioteca*.

Lluva, al igual que la inmensa mayoría de la población Lacronia, era analfabeto, así que Tobías tuvo esto en cuenta.

—Sólo tienes que entrar, buscar las llaves y traérmelas. Ya está. No toques nada más. No hay nadie, así que no debería haber problemas. Nada más que eso, ¿claro? —Tobías no acababa de confiar en el pequeño ladrón, que lo miraba de forma distraída con ojillos pequeños y hundidos.

—Coño, ¿y para esa tontería me haces llamarlo? —interrumpió Hornol molesto—. ¡Eso podía haberlo hecho yo y me pagabas a mí, hombre!

—*Burdi, tu nou ´ metas* —repuso Lluva, que no tenía intención de que nadie le fastidiara ganar unos toquens extra por algo fácil—. *Aqueste Fumano quiere cou ´lguien robel ´ algo ´Yai? Para eso ´stoy ´o. Acaso voy me ´anzando magias? Nae, yai? Sou nae jodame ´l ´negocio.*

— ¡Callaos los dos, maldita sea! —Les interrumpió Tobías—. Me da igual quien lo haga.

—*Fágolo io, pr ´spesto!*

— ¡Pufff! —bufó el enano.

—No marees ahora. Bueno, y tú —se centró en el ladrón pielverde—, si pudieras ir ya mismo sería fabuloso. Te esperamos aquí y cuando termines te pagaré doscientos toquens, ¿de acuerdo? —agitó un saquito que hizo tintinear las bolas de cristal.

—*Fein!* —contestó el ladrón en tono jovial—. *Tendáralas ´antes cou te des cuenta. Vémonos ´en breve*—y se dirigió a la casa con el mismo aire despreocupado con el que había aparecido.

Tobías observaba al goblin sin fiarse demasiado. El plan estaba en marcha; sus grandes sueños de conquista y de conseguir *mighty power* habían sido meticulosamente planeados y pulidos. Por fin había decidido pasar a la acción y había tirado la primera ficha del dominó. Pero lo que le jorobaba era que esa maldita ficha era un goblin.

—Que sea lo que Dios quiera —dijo poniendo su futuro en manos del azar.

El ladrón llegó a la casa unifamiliar, construida en el adobe estándar en Lacre. Primero forcejeó con la puerta. Se apartó de ella. Rebuscó entre las

ropas, sacó una cuerda con garfio de algún lugar entre ellas. Lanzó el garfio al techo. Dio un par de tirones para asegurarse de que estaba firmemente cogido. Esquivó el garfio cuando cayó al suelo. Repitió la operación un par de veces más. Trepó por la pared y se perdió en la oscuridad de la terraza.

...

Pasó una hora y Lluva sin aparecer.

—Oye, éste tarda mucho para lo que tenía que hacer —dijo Tobías rompiendo el silencio.

—No sé. Igual le ha pasado algo. ¿Quieres que entremos? Aquí no estamos haciendo *ná* —Hornol siempre prefería la acción.

Tobías dudó. No quería verse involucrado, pero Lluva tardaba demasiado y se estaba impacientando. No obstante, el riesgo de verse liado en crímenes y delincuencia podía arruinar su carrera.

—No tío. Mejor esperar a ver. O si quieres ve tú a ver qué le pasa.

—Ya sabía yo que no tendrías huevos... —le espetó el enano con sarna.

¿Que no? Maldita sea, vamos —reaccionó inmediatamente Tobías. Hornol se reía por entre las barbas.

Ambos se acercaron a la puerta principal y el enano se asomó a la ventana intentando escudriñar algo, pero no vio nada.

— ¿Entramos? —preguntó.

— ¿Puedes abrir la puerta sin romperla?

—Claro primo. Conozco un hechizo para abrir puertas. Es muy fácil, ya veras, aparta que voy.

El enano hizo unos movimientos con las manos, y pronunció unas palabras. No pasó nada.

—Y un método más estándar, ¿no conocerás? Algo con ganzúas, o forcejeo de puertas al método tradicional —dijo Tobías en tono cínico.

—Pues era así, estoy seguro —contestó ignorando el sarcasmo—. *’pera* que lo intente otra vez.

Oye, ¿no hueles a algo raro...?

Antes de que terminara la frase, la puerta estalló en llamas sin darle a la pareja tiempo de protegerse de la llamarada inicial, que acompañó a la deflagración espontánea y, unos segundos más tarde, el conjunto de carbón que había sido la puerta, calló a peso.

— ¿Qué parte de *sin romperla* no has acabado de entender? —dijo Tobías, mirando las cenizas humeantes mientras se frotaba la barba.

—Es que tengo los dedos rechonchos, no puedo hacer los movimientos bien y a veces pasan estas cosas. Pero no *pa´a ná*. Tira *p´adentro*, corre —dijo Hornol saltando por encima de las brasas humeantes.

Entraron en la habitación principal, y no encontraron rastro de Lluva. La casa estaba hecha de la forma más básica del estilo lacronio. Una gran habitación tipo *Loft*, con vigas también de adobe a lo largo y ancho de la misma. Sin paredes. Normalmente, cuando la gente quiere hacer habitaciones o separar partes, cuelga tapices o sábanas, según el nivel económico, en cuerdas de viga a viga. Pero esta sala era toda un salón, escaleras que conducían al piso de arriba, unos pocos muebles, libros y desorden modelo soltero que incluía un par de calcetines de diferentes parejas y calzoncillos esparcidos de forma aleatoria.

Ambos subieron al piso superior, el cual ya disponía de varios tapices de un gran gusto... malo. Y a través de uno de ellos se podía ver la sombra proyectada de Lluva a la luz de una vela.

Tobías fue el que apartó el tapiz y vio al goblin sentado tranquilamente, fumando una pipa, con una jarra de cerveza en una mano, ojeando las imágenes de un libro, porque leer no sabía, rodeado de restos de comida por todo el suelo de lo que era la cocina-despensa, con una ropa que obviamente ni era suya ni de su talla y masticando algo.

—*Jay burdis* —dijo alegremente tras tragar apresuradamente—. *Pasad´servios, ´sto´sta llen´o comida. Probaros´aqueste choripan que´sta´spectacular*—dijo el goblin en todo animoso y amable, ofreciéndoles una silla como si no tuviera un encargo que hacer.

Tobías se quedó mirándolo atónito.

—Pero... pero... ¿no te he dicho que robaras unas llaves? ¿Unas condenadas llaves, sin tocar nada más?

—*Yai, af´arelo. Nae´seas ta´stricto fombre* —respondió—. *A casa´s pa´nos´tros*.

Tobías salió de la cocina maldiciendo por lo bajo y sin entender ni una palabra de lo que Lluva le había dicho, dejando a la pareja solos con la comida. Apartó varios tapices más hasta dar con una habitación que parecía ser el estudio del legítimo dueño de la casa. Cotilleó las estanterías, llena de libros y fanzines, hurgó en los cajones del escritorio dónde encontró un manojito de llaves con una etiqueta que ponía "Biblioteca".

Don Romero no era solo maestro en el Centro de Formación Profesional de Magia de la Tradición Ernéstica, sino también el encargado de la biblioteca de la misma y, allí dentro, en la sección restringida, Tobías esperaba encontrar los libros prohibidos y guardados que andaba buscando; saberes ocultos sobre la Necromancia, una ciencia antaño prohibida.

Este tipo de magia había quedado relegada al olvido hacía muchísimo tiempo por todas las tradiciones de magia del mundo. Era un arte poderoso y Tobías intuía que los magos de la tradición de los ernésticos no podían haberse deshecho de una información de tal calibre, así que debían de haberla guardado en alguna parte. Y si había un sitio en el que encontrar libros sobre Necromancia era en el área restringida de la biblioteca. O quizá en cualquier otro lugar, pero por algún sitio hay que empezar y esto era lo que había más a mano. Ahora tenía en su mano el primer paso al poder que tanto ansiaba. La verdad es que no tenía ni la más remota idea de qué podía haber allí, pero si eran saberes prohibidos y fuera del alcance del alumno normal, debían ser interesantes.

Guardó las llaves en su zurrón y se dirigió a la cocina, dónde encontró a enano y goblin haciendo un concurso de quién podía acabar una pinta de cerveza más rápido. Dio un suspiro y les dijo —Ya estoy, *amnos* de aquí cuanto antes.

— *´pera* tío, prueba esta cerveza, que esta *correosa* y todavía queda un barril sin tocar —dijo Hornol

—*Nae podémonos ´ir y dejar tod ´esto ´quí. Fay cou ´cabarselo!* —añadió Lluva.

—Yo sé que tú me hablas, pero no *tentiendo ná*. Y no estamos para tonterías, en cualquier momento puede pasar la guardia y verá que no hay puerta... Bueno va, un trago y *amnos* raudos.

Tobías miró el barril de cerveza. No es que fuera exactamente un borracho o alcohólico, pero era un hedonista y los placeres de la vida le dominaban. Bebió un trago.

—Pues sí que está buena —dijo con alegre sorpresa—. Venga, *amnos*...

—y volvió a darle un par de tragos más.

—*Pruebat 'a queste queso* —añadió Lluva pasándole un trozo de queso.

...

Tres horas más tarde, y con un cierto estado de embriaguez general, Hornol dijo:

—Creo que hemos acabado con todo ya. Casi que nos vamos, ¿no?

Nae fae más cerveza? —preguntó Lluva—. *'splicame por qué 'spulsáronte 'a 'academia, Fornol.*

—Naahh, porque son unos mierdas y de todo se quejan. Además, seguro que porque soy enano. A nadie le gusta ver enanos haciendo magia por ahí. Si un enano es minero, guerrero o algo así, todo está bien. Pero si hace magia, a la gente no le hace tanta gracia. Putos estereotipos... —tras dar una calada a la pipa añadió—. Que sepas que sigo aprendiendo magia —informó a Tobías, apuntándole con la pipa—. Le compro hechizos en el mercado negro a un tipo. Y en cuanto ahorre unos cristales me compro un orbe y ya aprendo a *tutiplen* en línea —dijo, acompañándolo con un montón de gestos imitando el lanzamiento de hechizos.

—*Nae cambiemes 'o 'tema, Fornol. Ou cou 'spulsaronte? Partístel 'a 'cara 'o profesor?*

—Por ser *peligrosamente torpe*. Tiene un título que lo pone —contestó Tobías entre risas ahogadas, deduciendo más por intuición que por otra cosa lo que Lluva había dicho.

— ¡Pero que eso no significa *ná!* Que son unos tontos. Ya veras, icuando aprenda magia buena les voy a meter una bola de fuego que se van a *CAGÁ!*—abrió tanto los ojos que parecía que se le fueran a salir. Acabó la jarra y añadió—. La Frunkentaisen... Frantenstaten... su puta madre. La birra esta estaba buena.

—Pues sí —admitió Tobías—. Que canalla don Romero; en clase es todo estirado, y luego tiene unos barriles de birra en casa que quita la cabeza. Bueno va, *amnos* que va a amanecer. Lluva, quítate la ropa de don Romero, que cabéis tres de tu raza ahí.

—*Pos casi cou quedémelo* —dijo agitando un pijama de *Cthulhu 's Wants You*.

Cuando salieron a la calle el sol estaba despuntando. Los eruditos pertinentes dicen que esto es producido porque bajo el mundo hay cuatro elefantes manteando al Sol, causando así el amanecer y el atardecer

según es lanzado hacia arriba o cae. Todavía no ha sido probado con monos ni nada, pero mientras nadie lo rebata, es lo oficial.

Tobías, se encontraba parcialmente satisfecho. Tenía lo que quería pero entre los tres habían dejado un reguero de saqueo y pillaje, y la puerta era un recuerdo. Parecía que un grupo de asaltantes nordicios hubieran pasado por ahí. Pretendía un trabajo limpio y profesional, pero obtuvo un Lluva y un Hornol. Ahora sólo le preocupaba saber cuándo podría colarse en la biblioteca para pasar al siguiente episodio en su camino al poder. También empezó a sentir curiosidad por unas llamas que salían de una de las ventanas de la casa que acababan de dejar.

—Oye, ¿qué es eso? —dijo a nadie en particular.

— ¡Mierda! ¡Me he dejado la pipa encendida!—respondió Hornol, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Entro a apagarlo?

Tras una larga pausa Tobías contestó en tono *monocrómico*

—Atiende lo que te voy a decir: que le zurzan. Me voy a dormir; vosotros haced lo que queráis.

Y Tobías se fue a dormir.